

LEYENDAS URBANAS

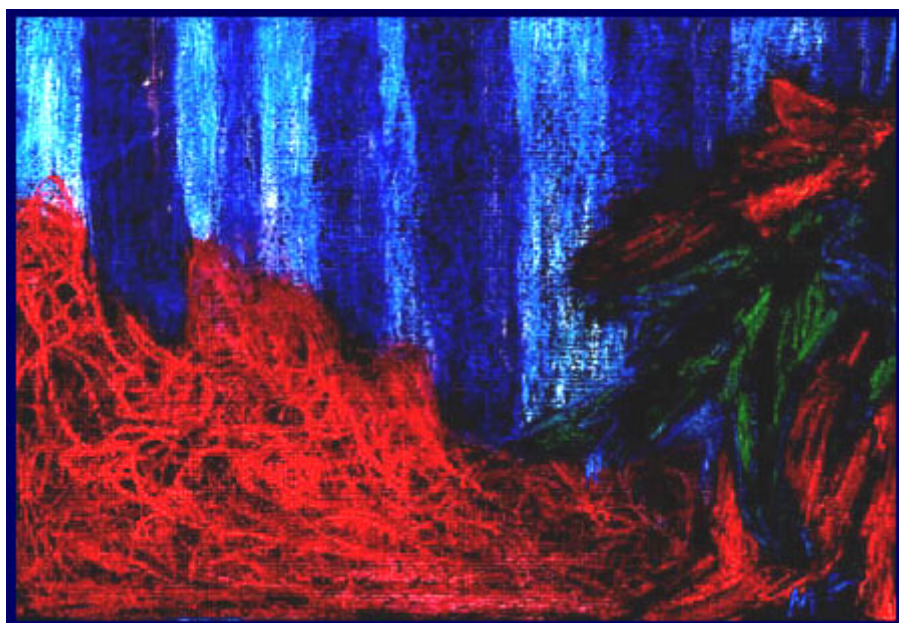
ENDLESS

Gato Jazz

James Stewart bajó del automóvil y corrió desesperado entre los árboles, mascullando: “¡es por aquí, tiene que estar por aquí!”.

Apareció de repente. En un claro del bosque, entre lápidas sin cruces: un ataúd; pobre, sencillo, de tablas de pino sin desbastar.

Un cementerio olvidado. Un vagabundo, o un anciano solitario. Un pueblo en fiestas. Para que no pueda haber testigos. Para que la pirotecnia y la música que suenan a lo lejos enmascaren los ruidos producidos al desclavar la tapa, y al martillar para colocarla de nuevo en su sitio.



Nunca sucede de la misma manera.

En ocasiones, autobuses Greyhound, coast to coast, recorren interminables carreteras entre los bosques.

En otras es preciso escalar montañas, para arrojarse después desde la cima y disfrutar de una larga caída a cámara lenta, hasta aterrizar con los ojos brillantes y mariposas en el estómago.

Pero siempre son las mismas montañas, las mismas calles, el mismo barrio, el mismo mercado.

Nunca sucede de la misma manera.

Pero siempre acuden los mismos personajes.

A veces se reúnen en la barra de un bar, disfrutando de viejos conocidos: el amigo Jack Daniels,; el bueno de “John el Largo”; el dinámico y sonriente Johnny Walker.

A veces puedes verlos recorriendo despacio las calles. O contemplando los cielos de piedra de cualquier catedral, románica o gótica, cerveza en mano.

James Stewart da los últimos martillazos mientras susurra: “descansa en paz, viejo amigo”.

En estas ocasiones acuden todos. Aquellos que, noche tras noche, nunca a la misma hora, nacieron aprovechando esos instantes en que sueño y vigilia se dan la mano, y los puentes entre los mundos son firmes y sus fronteras difusas.

Dedo Polvoriento. Arsenio, entre letanías eternas sobre Mitchum, sobre Houston, o sobre John Ford. El escenario era digno del mejor Hitchcock esta vez.

James Stewart, recién arrancado de los fotogramas de Vértigo, oficia la ceremonia, acompañado de Irene Adler. De Lucas Corso. De Rhett Butler. De Ahab, que por un día renuncia a dar caza al Leviatán.

De todos aquellos a quien Lengua de Brujo ayudó a dar el salto entre los mundos.

Aquellos que, al morir, necesitan un cementerio aislado, un ataúd anónimo, en un pueblo en fiestas.

Para que los estampidos de los cohetes ahoguen los golpes del martillo.

Para que los sueños que mueren puedan ser enterrados y descansar en paz.

En todas las ceremonias está ausente un personaje.

No acudirá hasta la noche en que Lengua de Brujo sueñe por última vez, y vea a James Stewart bajar de un coche en marcha y mascullar, “¡debe ser por aquí, tiene que estar por aquí!..

La noche en que Lengua de Brujo descubra que “Hitler no robó su Conejo rosa”. Que el conejo se escondió bajo la cama y esperó paciente, mientras su dueño encontraba nuevos sueños y les daba vida.

La noche en que a Lengua de Brujo se le conceda el privilegio que sólo se les concede a los magos: saltar el muro de piedra y recorrer con los ojos abiertos el último camino bajo las estrellas perpetuas.

- A Cornelia, Lengua de Brujo y Dedo Polvoriento.
- A Gavilán, (Ged), Archimago, que vio cómo los dragones volaban en el viento del crepúsculo, sobre las islas occidentales.
- A Sancho Domínguez, que descubrió su vida en un cuento.
- A todos los medios, que este año hemos visto asaltar naves en llamas más allá del Cinturón de Orión.

